

RUINA Y ESCOMBRO EN LATINOAMÉRICA

DE MEMORIAS Y OLVIDOS

FRANCISCA MÁRQUEZ Y EDUARDO KINGMAN GARCÉS
Editores

Prólogo de Celeste Olalquiaga

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

RUINA Y ESCOMBRO EN LATINOAMÉRICA.
De memorias y olvidos

Francisca Márquez y Eduardo Kingman Garcés
Editores
Prólogo de Celeste Olalquiaga

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 – Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición septiembre de 2023

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

ISBN libro impreso: 978-956-357-447-0
ISBN libro digital: 978-956-357-448-7

Coordinador colección Antropología
Enrique Antileo

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior
Gloria Barrios

Diseño de portada
Francisca Toral

Imagen de portada: Villa San Luis, Las Condes, Santiago de Chile.
Fotografía de Tamara Contreras Landeros.



Grupo de
Editoriales
Universitarias
AUSJAL

Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Ruinas

Eduardo Kingman G.

Esta es la ciudad que han construido
Para luego descalabrar
Es el andamiaje de la gran ciudad y es su ruina
La estación por la que pasan sin detenerse los trenes
La multitud que marchó victoriosa para luego ser pisoteada

He recorrido las calles al amanecer visitando los monumentos por fuera y
Adivinando las glorias pasadas
Luego he dormitado en la Catedral con los mendigos
Tratando de coger un poco de calor

Esta es la ciudad que han construido
Para luego descalabrar
Estos son los hilos de plata
Con los que atan y con los que desatan
Aquí se halla todo lo que sobra y está demás

Índice

Agradecimientos 9

Ruinas 11

Eduardo Kingman G.

Prólogo. 17

Celeste Olalquiaga

Introducción 21

Francisca Márquez, Eduardo Kingman G.

PRIMERA PARTE

SUPERVIVENCIA DE RESTOS VITALES

La calle como umbral. Del régimen barroco al de la separación. 43

Eduardo Kingman Garcés, Erika Bedón

Un cerro en Blanco 65

Gabriel Sánchez

A/TAJA/MARES La ciudad colonial y el río que casi la destruye 77

Celeste Olalquiaga Spencer

Memorias y topofilias de la catástrofe. Basílica del Salvador de Santiago 86

Francisca Márquez

Poéticas de las ruinas en la literatura chilena 100

Mariela Fuentes Leal

SEGUNDA PARTE

ESCOMBROS URBANOS

Un escombros sobre otro. Fragmentos desde lo telúrico
en México y Chile 119

Gonzalo Rojas González

Renovar para olvidar. Memorias de las ruinas del Bronx 134

Andrés Góngora

Ciudad patrimonial y ruinas. El centro histórico de Quito.	146
<i>Lucía Durán</i>	
Patrimonio y el desafío de las voces del revestimiento.	
La Loma Grande, Quito.	155
<i>Josselyn Herrera, Karen Necpas, Nathaly Nolivos y Denisse Pincay</i>	
ruina	162
<i>Valentina Utz</i>	

TERCERA PARTE

RASTROS DE VIOLENCIA, MEMORIA Y DUELO

Evidencias de la ruina y el duelo. Palacio de Justicia de Bogotá	173
<i>Tania Maya</i>	
Fragmentos. Redefinir el duelo a partir de un contramonumento	192
<i>Paulina Faba</i>	
La memoria inconclusa. Huellas de la violencia de Estado	
en República 550.	210
<i>Javiera Bustamante D. y Alfonsina Ramírez S.</i>	
Huella sin duelo. Villa San Luis de Las Condes, Santiago de Chile	223
<i>Paulo Álvarez Bravo</i>	
Ira anticlerical en la revuelta chilena.	244
<i>Andrea Roca</i>	

CUARTA PARTE

RUINAS MODERNAS E INDUSTRIALES

La maltería de Quito. Ruina, escombros y transformación	263
<i>Alfredo Santillán, Ma. Fernanda Troya, Adriana Aguilar</i>	
La incomodidad de las ruinas industriales.	
Cervecería Andina en Bogotá	276
<i>Juan José Correa Vargas</i>	
Lujo, oficio y gentrificación comercial en el Barrio Franklin.	289
<i>Gabriel Espinoza</i>	
Ruinas en movimiento y arqueología de las fantasías	
del caribe colombiano	307
<i>Catalina Cortés Severino</i>	

Entre el oro y la escoria, una ruina industrial en la periferia.	
Fundición de San Vicente de Naltagua, Chile	320
<i>Gustavo Valenzuela Merino</i>	
Todavía se usa	330
<i>Jonnathan Opazo Hernández, Ricardo Greene, Tomás Errázuriz</i>	

QUINTA PARTE

RESIDUOS, FISURAS Y GRIETAS

Taller de esculturas religiosas Rocuant	349
<i>Sandra Accatino</i>	
Indicio y testimonio en la serie “Silencios” de Juan Manuel Echavarría.	361
<i>Elkin Rubiano</i>	
De lo vegetal en las ruinas. Herbarios de la memoria	373
<i>Margarita Reyes</i>	
La gráfica popular y la ruina	381
<i>Manuel Kingman</i>	
El legado del arte efímero. Violencia policial y conmemoración urbana en Bogotá, Colombia	388
<i>Ana Guglielmucci</i>	
Danzas e imágenes de los huesos, escombros y ruinas	411
<i>Rosario Fernández Ossandón</i>	
Fisuras y quebradas. Un cierto tipo de arqueología	425
<i>Roberto Vega</i>	
Esculpir – Entrar en las fisuras	430
<i>Manuela Razeto</i>	
Ruinar es un verbo	439
<i>Cristóbal Palma</i>	
Epílogo	445
Autoras y autores	449
Índice de figuras	459

Prólogo

Celeste Olalquiaga

Es una paradoja típicamente latinoamericana, y quizás general al hemisferio sur, el que justo cuando el término “ruina” comienza a ser cuestionado y descalificado en el ámbito anglo/europeo, el interés por el mismo se acentúa y resignifica en nuestro continente. Esto no fue siempre así. Nuestras primeras ruinas no serán tan antiguas como las egipcias o las griegas, pero son igualmente extraordinarias e imperiales, y su descubrimiento por viajeros europeos en el siglo XIX causaron el mismo entusiasmo que aquellas en el viejo continente un siglo antes.

El encuentro entre Europa Occidental y los restos de los imperios Maya, Azteca e Inca, recubiertos por la selva o inaccesibles en sus alturas cordilleranas, fue tan incongruente como aquel del paraguas y la máquina de coser sobre una mesa de disección, inolvidable imagen producida por el poeta uruguayo Isidore Lucien Ducasse, Conde de Lautréamont (1846-1870). La modernidad industrial, cuyo primer agente en América Latina fue la cámara fotográfica, transformó de inmediato en objetos estéticos a las ruinas de civilizaciones que se habían desarrollado de manera autónoma desde el neolítico. De este modo, los vestigios de las culturas pre-hispánicas expandieron el circuito global de las ruinas como lugares de exploración, turismo y ejes de colonización.

Es precisamente en este punto donde divergen los estudios anglo/europeos contemporáneos de los latinoamericanos. Si bien para aquellos, las ruinas antiguas o clásicas son vestigios históricos fetichizados, construcciones culturales cuyas historias hoy se desmontan, cual si fueran sitios arqueológicos en investigación, en América Latina las ruinas precolombinas suelen ser objeto alternado de olvido u orgullo, dependiendo de su jerarquía cultural. En el caso de aquellas relacionadas con los grandes imperios, han retenido cierto valor de culto, no en el sentido ritual o religioso, sino en aquel identitario a través del cual se conforma una experiencia colectiva

de singularidad y pertenencia. Una “vuelta a los orígenes” utilizada con frecuencia para fines patrimoniales y/o comerciales, como exponen los especialistas preocupados por las distorsiones históricas producidas por tales apropiaciones. No tan evidente pero mucho más común es lo que ocurre con culturas menos conocidas o valorizadas, cuyos restos no solo son ignorados, sino abiertamente atropellados. Es el caso de la piedra tacita nativa mapuche del Cerro Blanco (antes Huechuraba por el cacique del mismo nombre) en el sur de Santiago.

Otro tanto ocurre con las ruinas coloniales, cuya romantización invisibiliza las relaciones socioeconómicas de poder que permitieron su construcción, estableciéndolas como “lugares de ensueño” de una época en la que la emancipación criolla se basaba en la economía esclavista. Es así que varios centros urbanos históricos, como el centro de Quito, declarado patrimonio mundial en 1973, son recuperados y “revitalizados” en centros turísticos después de haber sido abandonados décadas, y hasta siglos, por las clases pudientes de las cuales dependían, las que se alejan cada vez más del mestizaje social y cultural que las reemplaza con economías informales. En muchos de estos casos, estos lugares son tratados como espacios abyectos que han de ser limpiados y rescatados para economías formales y oficiales, poniendo especial empeño en borrar los rastros no solo de su historia colonial, sino también de sus historias más recientes, tal como si estas no hubieran existido. Estas últimas, no obstante, oponen resistencia través de sus comunidades, como se puede apreciar en los barrios de La Loma, San Marcos y Loma Grande en Quito. De este modo, el uso del legado arquitectónico histórico varía en un amplio espectro, que va desde su apropiación fetichista como espacios lucrativos hasta su reconocimiento, estudio y preservación como espacios testimoniales de educación y memoria o de acciones artísticas y/o comunitarias.

Quizás los casos más impactantes de estos intentos de borramientos ocurren con las ruinas modernas, aquellas de la revolución industrial en los siglos XIX y XX, es decir, los siglos proyectados hacia el futuro. Creando una tipología muy distinta a aquella de las ruinas antiguas y coloniales, caracterizada por el desplome, la fragmentación y la recuperación e intervención de la naturaleza, las ruinas modernas, legado de la voluntad de progreso económico y social tanto capitalista como socialista, conocen la ruinificación entrópica del desgaste lento y casi invisible del abandono. En consecuencia, a estos vestigios arquitectónicos se les niega su estatus

de ruina, dejándolas en un vacío ontológico, como puede verse en la maltería de Quito y la Cervecería Andina de Bogotá.

La modernidad del siglo XX fue muy fecunda en América Latina, en parte por el ingreso de capitales extranjeros para la explotación de recursos minerales locales por la industria extractivista, en parte por la posibilidad de que nuestro continente pudiera finalmente acoplarse a la modernización del llamado primer mundo. No obstante, la irregularidad y violencia de estos procesos en nuestros países otorga un valor agregado a sus ruinas modernas, testimonios de un desarrollo que, lejos de ser gradual, se impuso brutalmente y con demasiada frecuencia de manera totalitaria. Esto es lo que ocurrió en Chile, donde el pasaje social y económico gradual de una economía semi feudal al siglo XX que buscara el proyecto socialista de Salvador Allende, fue truncado por una dictadura militar que impuso un capitalismo salvaje a costa de un feroz quiebre social, económico y ecológico. Los restos de esta herida que aún está por sanarse se encuentran por doquier en Santiago, desde el impresionante fragmento de la Villa San Luis hasta lugares mucho más discretos como Londres 38.

El fin del siglo del progreso generó un resurgimiento teórico y cultural en el interés, hasta entonces puntual y relativo, en las ruinas. Se ha producido un fuerte cuestionamiento académico y artístico al concepto de “ruina”, sobre todo en la relación e impacto de estos restos arquitectónicos sobre su contexto, ubicándolos en discursos históricos, económicos y sociales más amplios, en donde dejan de ser objeto de contemplación para ser revalorizados como testimonios de época.

En lo que va del siglo, la “ruinofilia” romántica ha sido desplazada por el estudio material y cultural de esos remanentes que, investigados y destronados, han perdido su aura singular para ubicarse en el territorio más aterrizado de las relaciones políticas y comunitarias. De ser fragmentos monolíticos, pasaron a ser escombros, restos, residuos, no en el sentido abyecto de desechos, sino en aquél que les reconoce como fragmentos significativos de procesos sociales y económicos fracturados, parte integral de las narrativas locales y nacionales en que están inscritos. En una voltereta irónica, las ruinas han vuelto a ser lo que eran para los imperios greco-romanos: escombros sin valor alguno. La ruina es hoy un concepto obsoleto, la ruina de sí misma.

La historia de las ruinas recientes de América Latina apenas comienza a ser escrita a partir del continente mismo, por quienes habitan el territorio

y han vivido el fenómeno de nuestra irregular modernidad. Se escribe a través de la palabra, del cuerpo, de las imágenes. No es una historia estática sino en movimiento, como las ruinas mismas, que siempre están en un proceso de degradación material, convirtiéndose en una especie de segunda naturaleza, como muestran las intervenciones performáticas que reúnen cuerpo y materia, así como la poesía y la gráfica popular que escribe, raya y pinta nuestras ciudades a riesgo de dejar en eso la vida. En este sentido, este libro es, por su diversidad de lugares y épocas, su propuesta interdisciplinaria y transversal, y su realización participativa y colectiva, una gran contribución a esa historia repleta de incongruencias y paradojas que hace que nuestro continente sea tan singular e inaprehensible.